

LOS PADRES DE LA IGLESIA



Iconografía del Martirio de San Ignacio de Antioquía

Fascículo VI
San Ignacio de Antioquía
(1ª parte)

Monte Grande
2008

Biografía de San Ignacio de Antioquía

Ignacio nació aproximadamente en el año 31 d.C. en Antioquía¹, ciudad de Asia Menor en Siria, al norte de Jerusalén, tercera en importancia en el Imperio Romano (después de Roma y Alejandría) y con una de las comunidades cristianas más florecientes, importantes e influyentes. Es en esta ciudad donde los seguidores de Cristo comenzaron a llamarse “cristianos” (Hechos de los Apóstoles - 11, 26).

Algunos escritores antiguos decían que Ignacio fue aquel niño que Jesús colocó en medio de los apóstoles para decirles: *“El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí...”* (Evangelio según San Marcos - 9, 36).

El nombre Ignacio tiene su origen en la palabra latina “ignis” que significa “lleno de fuego”, y verdaderamente el corazón de San Ignacio era un fuego ardiente de amor por Cristo, tanto por ser un fiel testigo de Él a través de su palabra como por su glorioso martirio. San Ignacio también tenía el sobrenombre de “Theophorus” o “Teóforo”, que significa “portador de Dios”.

Convertido al cristianismo desde el paganismo, en el año 70 el Apóstol San Pedro lo consagra tercer² obispo de Antioquía, cede episcopal que ocupó de forma ejemplar por cuarenta años, hasta el momento de su muerte.

A San Ignacio de Antioquía lo consideramos dentro del grupo de los Padres Apostólicos, pues fue discípulo directo de los Apóstoles San Pablo y San Juan. Recibió de ellos las Sagradas Escrituras (en sus cartas encontramos numerosas citas literales de los Evangelios Sinópticos), así como también la revelación transmitida a voz viva, lo cual lo capacita para ser un intérprete veraz de la revelación escrita. Además, es dable destacar que la ortodoxia de San Ignacio es ampliamente reconocida, tanto en su tiempo como en todos los siglos.

Su glorioso martirio

Las actas del martirio de San Ignacio nos han dejado un ejemplo conmovedor de cómo los primeros cristianos afrontaban la muerte a causa de Cristo con valor y decisión.

El emperador Trajano³, tras su victoria sobre los dacios⁴ y escitas⁵, decreta ciento veintitrés días de espectáculos gladiatorios⁶ y además, como gratitud a sus dioses, comenzó a perseguir a quienes no los aceptaban como deidades. Ignacio fue uno de los que se negó a adorar a esos ídolos paganos, y por ello fue arrestado y llevado ante el emperador. Desde esa época muy remota nos llega el interrogatorio al que fue sometido:

- *“¿Quién eres tú, espíritu malvado, que osas desobedecer mis órdenes e incitas a otros a su perdición?”*, interrogó el emperador.
- *“Nadie llama a Teóforo espíritu malvado”*, respondió el santo.
- *“¿Quién es Teóforo?”*
- *“El que lleva a Cristo dentro de sí.”*
- *“¿Quiere eso decir que nosotros no llevamos dentro a los dioses que nos ayudan contra nuestros enemigos?”*, preguntó el emperador.
- *“Te equivocas cuando llamas dioses a los que no son sino diablos”*, replicó Ignacio. *“Hay un sólo Dios que hizo el cielo y la tierra y todas las cosas; y un sólo Jesucristo, en cuyo reino deseo ardientemente ser admitido.”*
- *“¿Te refieres al que fue crucificado bajo Poncio Pilato?”*
- *“Sí, a Aquel que con su muerte crucificó el pecado y a su autor, y que proclamó que toda malicia diabólica ha de ser hollada⁷ por quienes lo llevan en el corazón.”*
- *“¿Entonces tú llevas a Cristo dentro de ti?”*
- *“Sí, porque está escrito, viviré con ellos y caminaré con ellos.”*

¹ Actualmente territorio de Turquía.

² Fue sucesor de Simón Pedro y Evodio.

³ Marco Ulpio Trajano ocupó el trono imperial entre los años 98 y 117.

⁴ Población originaria de Dacia, antigua región de Europa que se corresponde con la actual Rumania.

⁵ Pueblo que ocupó el este de Europa en la antigüedad.

⁶ En ellos perecieron 10.000 gladiadores y muchos otros seres humanos fueron condenados a ser devorados por las fieras por el mero hecho de ser cristianos.

⁷ Pisoteada, abatida.

Finalizado el interrogatorio, fue condenado “ad belvas” —a morir devorado por las fieras— en Roma, para diversión del pueblo. Cuando se dictó su sentencia, éste exclamó: *“te doy gracias, Señor, por haberme permitido darte esta prueba de amor perfecto y por dejar que me encadenen por Ti, como tu apóstol Pablo”*.

Posteriormente emprende un largo y penosísimo viaje en barco desde Siria hacia la capital del Imperio Romano, encadenado y vigilado día y noche por un pelotón de diez soldados de la cohorte⁸ Lepidiana, los cuales, según el santo, eran como “diez leopardos” y añade “iba yo luchando con fieras salvajes por tierra y mar, de día y noche” y “cuando se las trataba bondadosamente, se enfurecían más”.

Durante el transcurso del viaje hacia su martirio, San Ignacio escribe sus famosas siete cartas dirigidas a las Iglesias cercanas a las costas de Asia Menor, lo cual le dio la oportunidad de fortalecerlas en la fe y prevenirlas ante las herejías gnósticas, que por entonces empezaban a extenderse. Dondequiera que el barco atracaba, los cristianos enviaban sus obispos y presbíteros a saludarlo, y grandes multitudes se reunían para recibir su bendición, además, en las ciudades por donde pasaba Ignacio se designaban delegaciones que lo escoltaron durante su camino al martirio.

Durante la mayor parte del trayecto, San Ignacio fue acompañado por dos diáconos llamados Filón y Agatopo, a quienes se considera autores de las actas de su martirio.

El primer alto en el viaje de Ignacio fue la ciudad de Esmirna, donde era obispo San Policarpo⁹ (†155). Allí, Ignacio escribió cuatro cartas, las cuales estaban dirigidas a las comunidades cristianas de Éfeso, Magnesia, Tralles y Roma. Esta última fue remitida a través de los cristianos que se adelantaron a esa ciudad.

Como las víctimas ilustres y de venerable aspecto eran la gran atracción en el anfiteatro romano, los guardias apresuraron la salida de Esmirna y se dirigieron a Tralles, donde Ignacio escribió tres cartas, dos destinadas a los cristianos de las ciudades de Filadelfia y Esmirna y una al obispo Policarpo de Esmirna. Luego navegaron hasta Nápoles de Macedonia, pasaron por Filipos y desde allí hicieron un tramo a pie para volverse a embarcar en Epidamno¹⁰.



Trayecto recorrido por San Ignacio de Antioquía hacia su martirio en Roma

Al aproximarse el santo a Roma, los fieles salieron a su encuentro y se regocijaron al verlo, lamentando perderlo tan pronto, por eso algunos cristianos le ofrecieron hablar con autoridades del gobierno para evitar su martirio, pero les rogó que no le impidieran llegar al Señor y arrodillándose con sus hermanos, rogó por la Iglesia, por el fin de la persecución y por la caridad y concordia entre los fieles.

⁸ Antigua unidad del ejército romano, formada por varias centurias (compañía de cien hombres).

⁹ Discípulo del Apóstol San Juan.

¹⁰ Actual ciudad de Durrës en Albania, situada en la Península Balcánica.

Finalmente, siendo el año 107 y una vez en el anfiteatro flaviano¹¹, fueron soltados en la arena leones feroces y hambrientos que devoraron al santo, saciando la morbosidad de las turbas; sin embargo, **él era el gran vencedor en un reino mucho más sublime y duradero que el de los emperadores romanos.**

En la epístola a los romanos, San Ignacio expresa su deseo de ser martirizado por proclamar el amor a Jesucristo y el privilegio que esto representa:

“Dejadme que sea entregado a las fieras, puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras para que pueda ser hallado pan puro. Antes, atraed a las fieras, para que puedan ser mi sepulcro, y que no deje parte alguna de mi cuerpo detrás, y así, cuando pase a dormir, no seré una carga para nadie. Entonces seré un verdadero discípulo de Jesucristo.”

Como leíamos anteriormente, San Ignacio expresaba en una de sus cartas el deseo de que las fieras se lancen a devorarlo rápidamente; pero, además, mencionaba *“...no me vaya a suceder como algunos a los que, acobardadas, no tocaron...”*, pues eran famosos algunos casos en que los animales hambrientos no habían atacado a los cristianos o incluso se habían echado mansamente a sus pies, ante el asombro de los espectadores. Según antiguas tradiciones, así sucedió a Santa Martina, San Alejandro y San Marino, entre otros santos.



Martirio de San Ignacio de Antioquía

Después del horrible espectáculo, los cristianos lograron rescatar algunos restos del mártir, los custodiaron con veneración y más tarde los enviaron a Antioquía: *vosotros habéis gozado de su episcopado* —decía San Juan Crisóstomo a los fieles de la ciudad siria— *y los romanos han admirado su martirio. El Señor os ha quitado por poco tiempo este precioso tesoro para mostrarlo a los romanos, y os lo ha devuelto con gloria mayor.*

En el siglo VII, sin embargo, a causa de las invasiones sarracenas¹², las reliquias fueron trasladadas de nuevo a Roma, y hoy reposan en la Iglesia de San Clemente. Allí se puede acudir ahora para —siguiendo un consejo de San Juan Crisóstomo (†407)— sacar frutos espirituales de estos sagrados restos, ya que son como un tesoro del que se puede tomar parte sin que nunca se agote.

Conmemoración

El aniversario de su dedicación al culto cristiano es el 17 de Octubre, fiesta que figura en el santoral.

Las siete cartas de San Ignacio

En estos textos se siente la frescura de la fe de la generación que todavía había conocido a los apóstoles, como así también el amor ardiente de un santo. En ellas, Ignacio deja su testamento espiritual, tratando sabia y eruditamente de Cristo, de la constitución de la Iglesia y de la vida cristiana, lo cual representa un legado de gran importancia doctrinal, así como también una fuente de conocimiento sobre la vida interna de la primitiva Iglesia.

Estas cartas están escritas en momentos de gran intensidad interior, reflejando la actitud espiritual de un hombre que ha aceptado ya plenamente la muerte por Cristo y sólo anhela el momento de ir a unirse definitivamente con Él, el deseo de «alcanzar a Cristo» se expresa en ellas con vigor inigualable.

San Ignacio comienza todas sus cartas con un saludo, siempre en tono de gozo: *“Cordialmente en Jesucristo y en una alegría inmaculada...”*, son las palabras con que saluda a los efesios; *“...desea a los de Magnesia una sobreabundante alegría en Dios Padre y en Jesucristo”*; y a los filadelfios les dice

¹¹ Conocido en la actualidad como el “Coliseo Romano”.

¹² Los sarracenos estaban constituidos por pueblos nómades del desierto que ocupaban el territorio comprendido entre la actual Siria hasta Arabia Saudita.

“...un saludo en la Sangre de Jesucristo, que es alegría eterna y constante...”. Las razones de su felicidad eran totalmente sobrenaturales, ya que el futuro mártir conocía lo que le aguardaba al final de su viaje.

Carta a los efesios

Les exhorta a permanecer en armonía con su obispo y con todo su clero, a que se reúnan con frecuencia para rezar públicamente, a ser mansos y humildes, a sufrir las injurias sin murmurar. Los alaba por su celo contra la herejía y les recuerda que sus obras más ordinarias serían espiritualizadas, en la medida que las hicieran por Jesucristo. Los llama compañeros de viaje en su camino a Dios y les dice que llevan a Dios en su pecho.

A continuación transcribimos un fragmento de la epístola, donde el santo realiza una serie de exhortaciones al pueblo cristiano de Éfeso sobre la necesidad de ser indulgentes con los que estaban en el error de la herejía e insiste en la tolerancia y en el amor a la cruz:

“Rueguen incesantemente por el resto de los hombres -porque hay en ellos esperanza de arrepentimiento- para que lleguen a Dios. Por lo tanto instrúyanlos con el ejemplo de sus obras. Cuando ellos estallen en ira, ustedes sean mansos; cuando se vanaglorien al hablar, sean ustedes humildes; cuando les injurien a ustedes, oren por ellos; si ellos están en el error, ustedes sean constantes en la fe; a vista de su furia, sean ustedes apacibles. No ansien el desquite. Que nuestra indulgencia les muestre que somos sus hermanos. Procuremos ser imitadores del Señor, esforzándonos para ver quién puede sufrir peores injusticias, quién puede aguantar que lo defrauden, que lo rebajen a la nada; que no se encuentre en ustedes cizaña del diablo. Sino con toda pureza y sobriedad vivan en Cristo Jesús en carne y en espíritu.”

Cartas a los magnesios y a los trallenses

En estas epístolas Ignacio habla con términos análogos y los pone sobre aviso contra el docetismo, doctrina que negaba la realidad del cuerpo de Cristo y su vida humana. En la carta a los cristianos de Tralles les pide que se guarden de la herejía, *“lo que harán si permanecen unidos a Dios, y también a Jesucristo y al obispo y a los mandatos de los apóstoles. El que está dentro del altar está limpio, pero el que está fuera de él, o sea, quien se separa del obispo, de los presbíteros y diáconos, no está limpio”*.

Carta a los romanos

En la introducción Ignacio escribe contra los que sembraban discordia en la comunidad cristiana de Roma, reafirmando vigorosamente y repetidamente el rol insustituible del obispo, signo de la unidad de la Iglesia local y promotor de la santidad de sus miembros.

Esta cuarta carta contiene la súplica para que no le impidan ganar su corona del martirio, ya que no quería que los cristianos influyentes de Roma trataran de obtener una mitigación de la condena, pues el cristianismo había conseguido seguidores con cargos elevados.

Carta a los esmirneos

Encontramos otro aviso contra los docetistas, que negaban que Cristo hubiera tomado una naturaleza humana real y que la Eucaristía fuera realmente su cuerpo. Les prohíbe todo trato con esos falsos maestros y sólo les permite orar por ellos.

Carta a Policarpo de Esmirna

Consiste principalmente en consejos, siendo el escritor mucho mayor. Lo exhorta a trabajar por Cristo, a reprimir las falsas enseñanzas, a cuidar de las viudas, a tener servicios religiosos con frecuencia y le recuerda que la medida de los trabajos será la de su premio. Como San Ignacio no tuvo tiempo de escribir a otras Iglesias, pidió a Policarpo que lo hiciera en su nombre.

Carta a los filadelfios

Escribe alabando a su obispo, rogándoles que eviten la herejía. Además, los exhorta a permanecer unidos en Cristo: *“Usad una sola Eucaristía; porque la carne de Jesucristo Nuestro Señor es una y uno el cáliz para unirnos a todos en su Sangre. Hay un altar, así como un obispo, junto con el cuerpo de presbíteros y diáconos, mis hermanos siervos, para que todo lo que hicieris vosotros lo hagáis de acuerdo con Dios”*.